

SOCIALISMOS:

LA HISTORIA LOS ABANDONA

Tratando de eludir o justificar el rotundo fracaso de sus predicciones previas a la reciente elección norteamericana, ciertos influyentes medios periodísticos de ese país han insistido a posteriori en su intento de desinformar a la opinión pública, ahora sobre el verdadero alcance de su resultado.

Las simpatías izquierdizantes de esos órganos de prensa demuestran ser más fuerte que el más elemental apego a su deber de informar objetivamente. Y así como no advirtieron, o bien silenciaron intencionadamente, la avalancha favorable a Reagan aún en los días inmediatamente anteriores a la elección, han pretendido ahora soslayar su evidencia, arguyendo que se trataría más bien de un mero repudio a Carter. Pero eso no explicaría el espectacular avance de los republicanos en el Congreso, donde incluso han obtenido, por primera vez en varias décadas, el control mayoritario del Senado. Menos explicaría aún las sorpresivas y generalizadas derrotas de los principales candidatos izquierdistas –mal llamados “liberales”– (como Churh, Mc Govern, Javits y otros), frente a contendores derechistas o “conservadores”. Parece inútil no querer ver en la elección norteamericana, lo que incluso la revista chilena “Hoy” tituló como “un giro a la derecha” y, por ende, un retroceso para la izquierda.

Los términos de “derecha” e “izquierda” carecen de mayor valor y precisión, pero si algo significan en su acepción más frecuente, resulta imposible no asociar las corrientes izquierdistas a tendencias socializantes. ►

Desde luego, el socialismo marxista siempre se ha ubicado en la izquierda. Y lo propio ha hecho el llamado socialismo democrático. Interesa al efecto detenerse en los principales rasgos de este último.

Planteado como alternativa frente al marxismo, el socialismo democrático postula un fuerte intervencionismo estatal en la economía, y crecientes restricciones a la propiedad privada y a la iniciativa económica particular. La multiplicación de controles y fórmulas proteccionistas, junto al incremento del gasto público y de los impuestos, son socorridas fórmulas propiciadas para un Estado a través del cual se cree fomentar así un desarrollo económico moldeado por un supuesto sentido "social", que la economía libre de los modelos "capitalistas" o "neocapitalistas" sería incapaz de contemplar debidamente.

El intervencionismo del "estado benefactor" o socialista, se desliza entonces a todo el ámbito social. A pretexto de repartir un presunto bienestar igualitarista, a los débiles, la autoridad regimenta la educación, las prestaciones de salud, el mercado laboral, la seguridad social, el sindicalismo y otros campos semejantes.

En el fondo, el socialismo democrático proclama la madurez de los ciudadanos para elegir a sus gobernantes, erigiendo la soberanía popular en dogma sacrosanto. Pero simultáneamente desconfía de la libertad para que esos mismos ciudadanos decidan por sí su propio destino, en las materias que más directa y cotidianamente lo afectan. Ahí prefiere el intervencionismo estatista. En realidad, concibe la democracia política sólo como la facultad de los pueblos para escoger su tutor.

En el plano más específicamente ideológico-político, el socialismo democrático aparece generalmente

más antagónico respecto de las "estructuras capitalistas" que de las marxistas. Paradojalmente, su pretensión de ser alternativa frente al comunismo suele aproximarlos a los planteamientos marxistas, en la disputa por la votación izquierdista.

Por su parte, el marxismo retribuye esa actitud elogiando toda medida estatista del socialismo democrático, al menos como un paso hacia la "liberación revolucionaria y anticapitalista". El marxismo aprovecha su coincidencia estatista para favorecer los "avances" del socialismo democrático. Pero inmediatamente corre otro poco su propia bandera, en el camino hacia su meta doctrinaria específica.

Sobre esas bases, hemos visto muchas veces la acción conjunta del socialismo democrático y del socialismo marxista, en su común objetivo de derribar "las estructuras de opresión" que serían presuntamente inherentes a los modelos de economía libre. Sus voces han sonado así al unísono para combatir el "statu-quo", y propiciar "el cambio", sin que haya interesado mayormente definir la orientación de éste. De su dinámica casi mágica, emergerían las nuevas formas sociales, cuya formulación sería materia de ulterior precisión.

En muchos países, y entre ellos en Chile, se agregó el ingrediente de un aval de origen cristiano para esta alianza. Hasta la propia Jerarquía eclesiástica católica no ha sido ajena a esta acción revolucionaria, creyendo ver de algún modo en los aires socialistas que se advertían predominantes, el concepto evangélico del "signo de los tiempos".

Ahi convergían las mayorías juveniles y obreras. Ahí estaba toda la intelectualidad de vanguardia, con Marcuse, Althusser y tantos otros "intérpretes" del marxismo a la cabeza. Maritain y Mounier se les agregaban como

una variante cristiana, comunitaria y personalista del socialismo. Las diferencias entre unas y otras eran obvias. Pero tenían en común estar en la línea del socialismo y de "los cambios". Tenían en común, la posibilidad —convertida en exigencia— de subirse al carro irreversible de la historia. Abajo sólo quedaría la rémora "reaccionaria" de quienes no eran permeables al socialismo, símbolo y clave del futuro que se abría en el horizonte victorioso. El carro de la historia barrería con quienes se negaban a sumarse a él, y que eran despreciados como egoístas defensores de sus privilegios, carentes de ideas y de viabilidad política.

El tiempo ha transcurrido. Las experiencias socialistas democráticas se han ensayado a través del mundo en sus variadas versiones. Y a la postre el saldo ha sido amargo y desilusionante. Recesión, desempleo e inflación han sido los signos del fracaso económico. Limitación creciente a la libertad personal, ha construido el fruto final del estatismo "benefactor". Agravamiento de la pobreza o reducción del bienestar, han emergido como saldo de tanta promesa redentora. En fin, avance sostenido del expansionismo rojo en Africa, Asia y Centroamérica, ha fluido como desenlace de tanta debilidad y concesión frente a la amenaza comunista.

En nuestra Patria vivimos el socialismo democrático bajo la fórmula demócratacristiana, cuyo nebuloso comunitarismo se tradujo en una demagógica y nunca clarificada "reforma de estructuras", la cual desembocó en el experimento marxista que la sucedió en 1970. Sufrido el socialismo en sus diversas expresiones hasta disipar toda duda sobre sus perspectivas, Chile dio en 1973 uno de los vuelcos más tajantes de su historia, reclamando y luego apoyando al régimen militar surgido entonces

sobre cimientos de libertad, que representan la antítesis del socialismo en cualquiera de sus formas.

Con variables características y acierto, Brasil había emprendido un giro similar en 1964, y Argentina lo haría pronto en 1976. También en Perú, el Gobierno militar tuvo que enmendar —al menos parcialmente— el desastroso camino socialista de Velasco Alvarado

A pesar de que en casos como el chileno ello se ha realizado con un claro apoyo popular, el fenómeno descrito procuró descalificarse como mera manifestación de "régimen de fuerza". Pero ahora se ha registrado un vuelco análogo y sostenido en las mayorías electorales de países cuyas democracias han sido capaces de reaccionar oportunamente por sí mismas. Las derrotas de las corrientes izquierdistas o socializantes en Inglaterra, Suecia, Australia, Portugal, Japón y Jamaica, no pueden ser más elocuentes. La elección norteamericana ha corroborado esa tendencia mundial.

Resurge así la convicción en la propiedad privada, la iniciativa particular y la defensa del signo monetario, como los únicos motores de un crecimiento económico elevado y persistente. Del Estado intervencionista se evoluciona hacia el Estado subsidiario, que reduce su volumen y dirige su acción redistributiva hacia la superación de la pobreza, y no hacia un igualitarismo utópico que se ha demostrado contraproducente. Se fortalece simultáneamente la libertad real de las personas, limitando el dirigismo estatista en el terreno social, y buscando restituir a cada persona el mayor espacio posible de decisión sobre su trabajo, su sindicación y asociación en general, su salud, su seguridad social y la educación de sus hijos. En fin, se advierte que sólo una pos-

tura enérgica y combativa frente al comunismo, podrá detener el expansionismo inherente a su raíz doctrinaria, y defender la soberanía de los pueblos libres.

Y no se trata sólo de un vuelco político, sino también intelectual. Los fundamentos y exigencias de la sociedad libre se desarrollan hoy en numerosos centros de pensamiento de alto valor. Nombres como Von Hayek, Coase, Copper, Rosa, Le-Page y Friedman concitan hoy la adhesión o el interés de economistas y políticos. E invariablemente, la vitalidad creadora de esta línea de ideas, encuentra sus exponentes preponderantemente en las generaciones más jóvenes. El "carro de la historia" ha modificado su rumbo...

Simultáneamente, el socialismo marxista atraviesa por la más profunda crisis de su historia. El fracaso de su economía centralmente planificada es ya definitivo. Cada nuevo plan termina requiriendo una explicación de su ulterior incumplimiento. Y entretanto, por ninguna parte surge ni el menor atisbo del "hombre nuevo", que representaría el logro moral con que la utopía comunista ha procurado mantener viva su vigencia, y justificar sus contradicciones como meros problemas circunstanciales.

Sea en China o en la Unión Soviética, periódicamente deben hacerse concesiones a alguna forma de propiedad privada y de incentivos pecuniarios en el proceso productivo, viejos y execrados "resabios de capitalismo". Y como lo analizábamos en una edición anterior de esta revista, los recientes sucesos de Polonia han ido mucho más lejos, desafiando el nervio central de la doctrina comunista. En efecto, un régimen marxista ha debido reconocer que la pretendida identificación entre el proletariado y el "Estado socialista" es un simple mito, y que sus

intereses pueden resultar contrapuestos. La consecuencia adicional de ello es aún más seria: si tal identificación no existe, el progreso hacia la fase final de la sociedad sin clases del paraíso comunista, queda definitivamente descartado como supuesta "ley científica", y acusa su falacia de simple utopía antinatural e imposible.

Lo único que el socialismo marxista puede realmente ofrecer, es su versión totalitaria de la "dictadura del proletariado". Y los pueblos que la han sufrido no la quieren. Para imponerla, al comunismo sólo le quedan el terror interno y la agresión bélica expansionista. Ya no tiene pensadores ni ideólogos de alguna respetabilidad o categoría. Sólo le resta la fuerza bruta. Pero incluso la aplicación de ésta no le resulta tan fácil como antes. Si bien lejana y aun desvalida, las voces de la disidencia resuenan en Occidente, y el Archipiélago Gulag empieza a ser conocido y denunciado. La eliminación física de los disidentes del comunismo se ha complicado, y lo propio ha ocurrido con la invasión del Ejército rojo en fronteras ajenas. La de Afganistán ha despertado una resistencia incomparablemente mayor que la de Checoslovaquia, en 1968. Quizá es eso —y la presencia de Juan Pablo II— lo único que aún retiene a la Unión Soviética para ocupar Polonia.

Lo cierto es que el socialismo —sea democrático o marxista, sea laico o cristiano— se derrumba abrumado por sus limitaciones y fracasos. La historia está superando a quien se creía su dueño irreversible.

R